

Recordar, compartir, aprender

Las Palmas de Gran Canaria

Carmen Galindo Ramírez, 85 años

Giada Mongió, 27 años

¡NO SOMOS NADIE!

*Toda una vida no basta para recordar los momentos, buenos o malos, ricos o pobres,
blancos o negros...*

A través de la mirada dulce y soñadora de Lila, pude observar el calor de una madre en su pleno esplendor, el amor de una esposa, enamorada como una adolescente, el sueño de una hija inocente y feliz, la alegría de una hermana, y a su vez amiga, ... y en esa misma mirada pude notar el miedo a la enfermedad, a la soledad, a la vejez y al abandono.

La misma mirada dulce y soñadora, helada y con miedo reflejaba también la conformidad de la vida que había llevado. El orgullo por todo lo que había hecho en esta vida y la ilusión por seguir luchando cada día para regresar a su hogar y poder disfrutar de sus hijos y nietos.

Esta vida es la suya, la de Lila, pero podría ser la de cualquiera de nosotros, como por ejemplo la mía, y así nos la cuenta ella:

Cuando tenía ocho años, me dirigía todos los días a la escuela del Rey, junto con seis de mis nueve hermanos. Allí nos enseñaban a leer y a escribir. Jugábamos todo el rato, y nunca nos faltaba comida, ni ropa, o si faltaba yo no me daba cuenta, ya que mi padre siempre traía algo para echarnos a la boca.

Mi padre nunca estaba en casa porque se dedicaba a llevar frutas y verduras desde Arucas hasta Ingenio cargando una carreta tirada por dos burros, y muchos días los pasaba fuera, pero trabajó duro y consiguió criarnos fuertes.

Creo que mi infancia fue una infancia feliz, no conocíamos otra realidad y estaba rodeada de mis seres queridos. Papá incluso, cuando ganó mas dinero, para que no fuésemos caminando tantos kilómetros cada día, decidió ponernos en un colegio caro de Arucas.

Desgraciadamente cuando tenía 13 años, mi padre enfermó gravemente y lo ingresaron en una clínica. Mis hermanas y yo nos pusimos todas a trabajar para poder pagar sus medicinas. A mi me pusieron de interna en una familia a cuidar unos niños, mi madre venía una vez al mes a retirar el dinero para pagar las medicinas de papá hasta que falleció.

Con la muerte de mi padre comenzó a disolverse mi familia. A partir de entonces, ya no hubo más zapatos nuevos, ni colegios caros, ni juguetes, ni amigos, y mientras veía a los demás niños jugando, yo jugaba a trabajar. ¡Sí!, lo veía como un juego, aunque conocía perfectamente mi realidad, pero era la única forma de poder convivir con mi drama, sin verlo como tal.

La familia Manrique de Lara, no sólo era mi lugar de trabajo, sino que de forma natural intentaba llenar el vacío tan grande que sentía al tener lejos a mi madre y hermanas. Permanecí con ellos hasta el día que conocí a Manolo. Él tenía 26 años y yo 21. Para mí fue amor a primera vista, y creo que para él también.

Era un hombre muy trabajador, y yo una niña encerrada en un cuerpo de mujer, con necesidad e ilusión de formar mi propia familia. Y así fue, nos casamos y a los nueve meses nació Manuel, nuestro primer hijo. José llegó a los dos años, y así, sucesivamente, llegaron Carlos y Miguel.

Mi marido trabajó durante 40 años en la Disa, y yo me dediqué a criar a mis hijos y puedo decir orgullosa que nunca me separé de ellos.

Recuerdo que cuando queríamos salir de viaje, nos aprovechábamos de alguna hermana que vivía en

Recordar, compartir, aprender

Tenerife o en La Palma, para que nos pudiera dar alojamiento, y de paso reunirnos con ellas.

La vida comenzó a tener sentido desde que nacieron mis hijos, pero una pequeña porción de mi alma, se había perdido por el camino. A pesar de tener la familia perfecta, que tantos años había deseado y luchado con el sudor de mi frente, algo terrible me esperaba cada noche, algo que no le deseo ni a mis peores enemigos, algo tan horrible como que el hombre angelical del que me había enamorado y al cual había entregado mi vida entera, por las noches se transformaba en un monstruo, en un ser violento, agresivo, humillador y temerario.

Ese hombre en el que confiaba tanto, día tras día después del trabajo bebía y cambiaba en todos los sentidos. Esa era la penitencia que la vida me había dado, pero yo creía que él iba a cambiar, que iba a valorar a su familia que tanto amaba, que iba a volver a ser el hombre maravilloso que había existido.

Me limité a ser madre y esposa ejemplar, hija y hermana modelo, ama de casa perfecta. Busqué la felicidad en lo que tenía, aprendí a olvidar las emociones negativas, a perdonar los errores, a proteger a mis hijos, a proporcionarles la mejor educación posible, les enseñé a ser tolerantes, generosos y buenos hermanos. Cualidades que siempre consideré imprescindibles para poder vivir en armonía con todos.

Los años fueron pasando, mis hijos creciendo, y mi marido se jubiló, momento tan deseado por toda la familia. Pues no, ¡no han sido precisamente los mejores años de mi vida!, Manolo pasaba demasiadas horas en el bar. Yo mientras tanto permanecía en casa esperando que él volviese. Mis hijos ya adultos, viviendo sus vidas. Mis hermanas lejos o enfermas. Y yo seguía soñando despierta, luchando cada día y cuidando lo que tenía, una familia casi perfecta, que cojeaba de vez en cuando. Pero al fin y al cabo era Mi Familia.

Repetiría cada día cada momento de mi vida, simplemente porque me considero la persona más afortunada del mundo porque incluso hoy, a mis 74 años, viuda desde hace seis meses, recién recuperada de una parálisis cerebral, puedo disfrutar de vez en cuando de un almuerzo junto a mis hijos, y en esos momentos, al ver sus ojos, puedo sentirme orgullosa, feliz, llena, y con ganas de vivir otros cien años para poder verlos y disfrutarlos cada segundo.

LO IMPORTANTE DE LA VIDA

Creo que en la vida hay que conformarse con lo que se tiene, que hay que luchar por lo que ya es tuyo y no hay que obsesionarse con nada que no valga realmente la pena.

Cuándo cierro los ojos a pesar de mis pérdidas de memoria, consigo ver claramente lo feliz que conseguía ser, veo la cara de mis hijos, de mi marido, de mis hermanas, de mi madre y de mi padre.

Recuerdo sólo lo bueno que había en cada momento. Conseguí olvidar el dolor, la angustia, el sufrimiento, los llantos y maltratos.

Aprendí a captar sólo la poesía que había en el aire, los aromas y colores de las cosas, la energía que emanaba de cada ser, y la felicidad que podían ofrecer las cosas más sencillas. Toda una vida no basta para recordar los buenos momentos, para valorar el amor incondicional de un ser querido, para ver realizados todos los sueños.

Una pequeña “poesía”, para reflexionar sobre lo dicho, dedicada a Lila con todo mi amor:

Qué difícil debe ser
estar sin los seres queridos,
si muertos porque se van,
si vivos, porque nos dejan,
si vivos, porque dejamos...
que el sufrimiento y dolor
haga evadir el entorno,
dejando atrás el pasado
creyendo que abandonando

Recordar, compartir, aprender

el sufrimiento olvidamos.

En vida existe el perdón,
en muerte existe la fe.
En vida miedo sentimos,
En muerte ya lo vivimos.
En vida queremos morir
sin comprender el sentido,
en muerte queremos vivir,
amar, bailar, soñar, ...
más no podemos,
pues el tiempo se ha extinguido.

¡Vive si estás vivo!
¡Ama a tus seres queridos!
Disfruta cada segundo,
cada aliento, cada sueño,
cada mirada inocente.
¡Y vive!
Disfruta el presente,
sin mirar atrás,
sin querer olvidar, ...
¡Vive! ¡Es tan sencillo!